

María de Molina

Guzmán en Bueno y Fernando el Malo

Historia de una maldición



Emilio Cuenca Ruiz

Margarita del Olmo Ruiz



María de Molina y Fernando IV de Castilla

MARÍA DE MOLINA GUZMÁN EL BUENO Y FERNANDO EL MALO HISTORIA DE UNA MALDICIÓN

María Alfonso de Meneses, luego conocida como María de Molina, era prima hermana de Alfonso X el Sabio. Su padre era Alfonso de Molina, hermano de San Fernando; su madre, Mayor Alfonso de Meneses, tercera mujer de Alfonso de Molina.



Molina de Aragón. Puente medieval con el castillo al fondo

El infante don Sancho, sobrino de María de Molina, enamorado de ella, rompe el compromiso matrimonial concertado con la rica heredera catalana Guillerma de Moncada.

María perdona el pasado de don Sancho, quien había tenido varios hijos naturales, y decide aceptarle en matrimonio, que se celebra en Toledo, en 1281.

En abril de 1284 fallece el rey Alfonso. Sancho se proclama soberano de Castilla y de León, haciendo reconocer como reina a su esposa María de Molina.

En el mes de mayo son coronados en la catedral de Toledo, ungidos por la gracia de Dios, monarcas de los reinos de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén y del Algarbe.

HORRIBLES ACONTECIMIENTOS

Desde Andalucía llegaba una noticia que causaba en la Corte honda preocupación: el emir de Granada había atravesado el Estrecho para entrevistarse con Aben-Jacob. Se sospechaba que peligraba la plaza de Tarifa.

El rey Sancho IV estaba enfermo, y María de Molina ordenaba a cada uno de los responsables de la defensa que estuvieran preparados para afrontar los acontecimientos que se intuían.

Últimas noticias confirmaban que los musulmanes habían acampado frente a Tarifa y que los moros de Granada “*estragan la tierra*”.

Pero lo que causó una enorme conmoción fue que junto al ejército sitiador, apoyando a los enemigos sarracenos, combatía el infante don Juan, príncipe real de Castilla, hermano del rey Sancho, quien había instado al rey portugués para que procediera a la expulsión del infante rebelde del vecino país, donde se había refugiado.

Para los reyes castellanos el asedio a Tarifa era una amenaza previsible, pero la traición del infante don Juan era el golpe inesperado. A



Sancho IV rey de Castilla y de León
Grabado

partir de esta circunstancia todas las fuerzas se concentraron en la estrategia para defender esta plaza.

En el mes de Julio, Juan Mathe envía a María de Molina un largo informe sobre la organización militar en Andalucía, y expone su plan metódicamente. Cree que “*Con las galeras nuestras y las de Aragón, avremos azás cuanto queramos*”.

María de Molina se ocupa de mensajeros, de embajadas, de asuntos administrativos. Para Mercedes Gaibrois, historiadora y biógrafa de la reina castellana, es María de Molina quien “*A todo atiende solícita, activa, infatigable...*”.

La Corte estaba pendiente de las noticias que pudieran llegar sobre la plaza sitiada. Juan Mathe se dirige con la flota aragonesa al auxilio de Tarifa.



Doña Maria de Molina.

A. Esquivel lo dibujó, y V. Castelló lo grabó en la Sección de competencia del Liceo artístico y literario en la noche del 22 del actual.

María de Molina

Grabado de Castello sobre dibujo de Gisbert, 1863

“Cierta día uno de los mensajeros trae una tristísima noticia: los moros han matado a un hijo pequeño de Guzmán, el valeroso defensor de Tarifa.

Había sido algo terrible, cruel, impresionante. Las circunstancias del crimen eran realmente extraordinarias. Al niño lo tenía en su poder el infante don Juan, que ante la resistencia inquebrantable de Guzmán, planeó una infamia: ofrecer al alcaide la entrega del hijo prisionero si rendía la plaza, o, en caso contrario, degollarlo ante sus ojos. Guzmán, caballero de noble historia, de conducta limpia y alma de acero, escuchó la vileza estremecido. Pero fiel a su juramento de lealtad, negó la plaza”.

La desgarradora hazaña de Alonso Pérez de Guzmán conmovió al reino de Castilla y a cuantos la oyeron contar. El caso quedaría como ejemplo memorable de lealtad, nobleza y sacrificio.

María de Molina quedó profundamente afectada. El niño sacrificado en el cerco de Tarifa, hijo de Guzmán el Bueno, era bisnieto de María Fernández Coronel, el aya de María de Molina, tan querida por la reina castellana.

El rey, la reina y Castilla entera nunca olvidaron este episodio, pero al infante castellano don Juan, verdadero asesino del hijo de Guzmán, e infame traidor, nadie, ni siquiera la Historia le pasó factura por sus actos miserables.

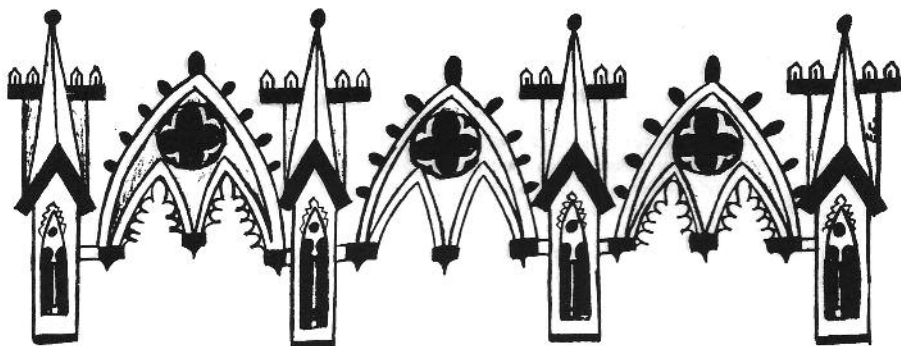
Con la permanente traición del infante don Juan al reino de Castilla y a sus soberanos (como fondo), se sucedieron los acontecimientos históricos que hubo de lidiar María de Molina con buen pulso, inteligencia y determinación.

La reina María de Molina es el nexo que permite presentar las leyendas de *Guzmán el Bueno* y de *Fernando IV el Emplazado* en un solo relato, y así lo publicó Cristóbal Lozano en el siglo XVII bajo el título de *Guzmán el Bueno y Fernando el Malo*; un gran acierto, al margen de haber conseguido poner frente a frente ejemplos de las dos potencias antagónicas.

Aunque se escribió con carácter de leyenda hace tres siglos, es el guión real y fidedigno de los hechos históricos, que podemos cotejar con la obra documentada de la historiadora Mercedes Gaibrois “*María de Molina, tres veces reina*”, Espasa Calpe, 1967.

Fernando IV el Emplazado era hijo de María de Molina y del rey Sancho IV el Bravo. Fernando sucumbe a los halagos de los cortesanos conspiradores, y se siente mucho más cómodo con ellos que al lado de su madre, que le ama y le presenta la verdad.

Castigado por su comportamiento ingrato y malévolo muere víctima de una maldición.



LA LEYENDA

“De gozo andaban los habitantes de la imperial ciudad de Toledo aquel día de mayo de 1294, y a fe y que tenían motivos para ello. Desde el amanecer la plaza de Zocodover se hallaba atestada de gente que se apiñaba en las tribunas levantadas a lo largo de las fachadas de las casas y los balcones y ventanas rebosaban de personal de calidad. Las damas se rebozaban los rostros con sus pañuelos para que no las ofendiera el sol y los caballeros, unos paseaban sus alazanes y bayos por la calzada y otros, al resguardo de los soportales, aguardaban a la comitiva, cuyos trompeteros aparecían ya por la Cuesta de la Vega.

El pueblo se recogía rumoroso tras los ballesteros que formaban calle en apretadas filas y por todas partes resonaban voces de júbilo, gritos de albricias y sonos de instrumentos musicales. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías, los sirvientes de la clerecía ululaban abriendo paso a las robustas mulas que en reata interminable se dirigían al palacio arzobispal, y la gentualla de moriscos y judíos se apretaba en los zaguanes y, confundidos con el villanaje, resistían los cintarazos de los pajes y escuderos que pugnaban por desalojar los huecos y cerrar las puertas de las casas, adonde todo era también bullicio y alborozo.

Pronto una lúcida comitiva comenzó a irrumpir en la plaza. Venían primero los gastadores, con sus alabardas plateadas y los gallardetes de compañía; seguían a éstos los maceros del Concejo, con sus estandartes blancos y verdes con motes alusivos, y tras ellos, los corregidores y alcaldes de las ciudades, villas y pueblos, por su orden, y a la cabeza del lucido escuadrón las representaciones de Toledo, de Burgos y de León.

Más adelante aparecieron los pajes del arzobispo, con las libreas de gala y los cirios apagados; los familiares, los clérigos, los prebendados, los canónigos, las guardas de los conventos de doncellas, y encerrando toda esta representación, las mesnadas de la Iglesia, con sus trompetas de plata y sus cotas de acero. En mulas cabalgaban el señor Arzobispo y los familiares que habían salido a esperar hasta la Puerta del Sol a la comitiva regia, que había pernoctado en Olías.



María de Molina presenta a su hijo Fernando IV a las Cortes castellanas en Valladolid.
Obra de Antonio Gisbert Pérez, 1863

Al fin apareció en Zocodover el caballo blanco en que iba montado un niño de hasta once años de edad, de rostro sonrosado, buen talante, ojos admirados y brillantes y apuesta y linda figura. Tras él cabalgaba en un tranquilo palafrén tordillo una señora hermosísima, joven aún, de mirada dulce, pero imperativa, y de porte majestuoso e imponente. A la vista de tan lucido cortejo, la gente prorrumpió en vítores y gritos de “¡Por Castilla y por León! ¡Viva el Rey!”

Y como si hubiese estallado repentina tormenta, los aplausos hicieron estremecerse el aire y todas las banderas se inclinaron ante el paso de aquel joven caballero que se dirigía a la Catedral para coronarse rey con el nombre de Fernando IV, y de aquella dama, su madre, reciente viuda de don Sancho, y cuyo glorioso nombre ha quedado en la Historia como uno de los más brillantes y respetados: doña María de Molina.

Había nacido don Fernando en Sevilla en el año 1285, y a los nueve de su edad se sentaba en el solio de su padre, y si se hubiese juzgado únicamente por las manifestaciones de júbilo con que fue proclamado rey de Castilla y de León, se le profetizara que sólo encontraría vasallos sumisos; pero no fue así. Apenas recibió el cetro en sus manos, encendiéronse las ambiciones y concitáronse en contra suya los nobles, presa de codicias desmedidas, y aun sus propios parientes, que comenzaron por disputarle la legitimidad de la sucesión a la corona.

Mas como Dios aprieta, pero no ahoga, puso de firmísimo baluarte ante el rey a doña María de Molina, integérrima señora, cuyo talento evitó, en lo que pudo, el desquiciamiento del reino y frenó la singular malquerencia de deudos y vasallos.

A todos los descontentos y ambiciosos capitaneaba el infante don Juan, cuñado de la reina madre, el cual parecía haber nacido para alimentar turbulencias, abanderar facciones, soliviantar ánimos y fomentar disturbios.

Era hombre desaprensivo, ingrato y malvado, que para conseguir sus infames proyectos había aliado con los enemigos de la religión cristiana, y él fue el que en Tarifa cometió el más horrendo crimen de que los siglos se hacen eco y elevó, por contra, a la mayor gloria a un caballero cristiano, como te voy a contar, lector atento, aunque para



**Sancho IV el Bravo rey de Castilla y de León.
En el VII centenario de la toma de Tarifa**

ello tenga que cortar un trozo del hilo de esta historia; pero bien vale un nudo el que te enteres de la más gloriosa hazaña de que fue capaz un pecho leonés.

Cuando Sancho IV, el padre del rey niño de que te voy hablando, conquistó la plaza de Tarifa a los benimerines, que la tenían hasta entonces por suya, dióla en guarda y alcaldía a un esforzado caballero llamado Alonso Pérez de Guzmán. Nació este noble en León, a mediados del siglo XIII, como “hijo de ganancia”, o bastardo, del adelantado mayor de Andalucía don Pedro de Guzmán, que lo tuvo en doña Teresa Ruiz de Castro, su barragana.

Fue desde niño recogido por su padre y criado en su casa bajo la dirección de un escudero, Alonso Hernández Cebollilla, y a pesar de la mala voluntad que le demostraban sus hermanos naturales, aprendió bien pronto cuanto en aquella azarosa época constituía la educación de un caballero. Y sin duda su natural penetración y firme deseo facilitaron grandemente esta empresa, cuando a los veinte años figuraba con ventaja al lado de los más apuestos herederos de la nobleza leonesa. Era por entonces rey de Castilla y León Alfonso X.

Invadido el territorio cristiano por los musulmanes, el infante don Sancho, reconocido presunto heredero del trono por los nobles, llegó hasta Jaén e hizo retroceder a los invasores, correspondiendo gran parte de la gloria alcanzada en esta empresa a don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, en cuyos tercios iba Guzmán, que se distinguió notablemente por haber hecho prisionero al jefe berberisco Aben-Comat, uno de los privados del rey de Fez.

Nombrado poco después el joven caballero para negociar la paz, desempeñó perfectamente su cometido, conviniendo una tregua de dos años, previa la devolución de los territorios invadidos.

La población de Sevilla, residencia accidental de la Corte, celebró estos pactos con un torneo en el que Guzmán obtuvo lugar de honor, y como el rey preguntase quién era el caballero favorecido y le dijese que era Guzmán, repuso que cual de ellos, pues varios caballeros había con ese nombre a su servicio, a lo que don Juan Ramírez, hermano de padre de Guzmán, se apresuró a responder: “Señor, mi hermano de ganancia”.

Esta respuesta, que daba en cara al valiente su bastardía de origen, dolió en extremo y aunque el monarca quiso dorar la píldora, no se dio él por satisfecho, antes al contrario, lastimado, respondió con urgencia y respeto: “Por cuanto veo, señor, que por ser quien soy no merezco mejor trato, procuraré por mis hechos mejorarlo y ser digno de mi nombre. Y tengo propósito de ser por mi ganancia considerado, que cuando un hijodalgo de Castilla no recibe otras palabras de su señor, no es extraño que le cambie y se vaya a buscar fuera de su patria quien bien le haga. Así, os pido que me otorguéis el plazo que el fuero

me concede para que en él alcance el nombre que merezco, que yo prometo no volver hasta haberos colmado el deseo y yo restituído a mi nobleza como lo demanda mi sangre y mi honor.”

Consecuente con este voto, que ni ruegos ni amenazas pudieron quebrantar; salió de Sevilla acompañado de su ayo Alonso Hernández y de los criados que voluntariamente quisieron seguirle y se trasladó a la plaza musulmana de Algeciras, donde el rey de Fez se hallaba a la sazón, para hacerle saber su deseo de rendirle vasallaje temporalmente, como lo hizo.

Holgose tanto Aben Jucef de esta resolución, que le envió una comitiva muy lucida a recibirle, en la cual figuraban Garci Martínez Gallegos y hasta seiscientos soldados de la guardia cristiana, y además su ministro y favorito, Aben-Comat, amigo y prisionero de Guzmán poco antes. Con esta lucida comitiva se presentó el leonés ante el rey de los benimerines, concertándose entre ambos que aquel serviría a éste contra todas las personas y naciones del mundo, salvo las cristianas, y que Alonso Pérez de Guzmán fuese, en cambio, reconocido como guarda mayor de la real casa, con el mando en jefe de los tercios no musulmanes del reino.

Grande debía ser la confianza de Aben Jucef en Guzmán cuando a poco de su naturalización en el reino berberisco le confió la empresa de sujetar en África a los moros rehalies o tributarios, cuyas familias, errantes siempre y rebeldes al pago de los impuestos, venían negando al tesoro real los tributos anuales, escudados en la ausencia del monarca, que se hallaba en España en la fecha en que el pago debía hacerse.

Cosa grande es, lector, que esto del pagar en todas épocas ha sido amargo y dificultoso, que no ha bastado ser rey para justificar y exigir por razones este deber, sino que ha habitado que poner siempre mano a la espada para hacer pechar, reflexiona cual es la condición de los hombres, bien repugnante a todo lo que sea cumplir una obligación hasta con aquellos que por divino derecho pueden y deben y quieren exigirlo.



Sepulcro de María de Molina en el monasterio de las Huelgas Reales. Valladolid

Decía, que el caballero leonés cumplió su cometido tan satisfactoriamente que cobró todos los tributos en plazo brevísimo; calcula tú si se presentaría con excelentes modos a los moros rehalies. Y el caso es todavía mejor; que de tal manera intimidó a los alfaquíes, que apenas si en adelante hubo necesidad de otra cosa que de recordarles su obligación de contribuir.

Esta empresa militar; que había convertido a Guzmán en un vulgar recaudador de contribuciones, no fue, empero, para él vejatoria; la aprovechó para llevar la libertad a una multitud de cristianos que yacían en el cautiverio, pretextando para conseguirlo que le bastaban sus fuerzas para vencer a los rehalies, sin que los soldados musulmanes tuvieran que exponer sus vidas a la menor contingencia.

Mira ahora como los hombres geniales saben sacar chispas diamantinas aunque sea en un muladar; date cuenta como este bravo leonés sabe mudar en honrosísima obra de caridad y en beneficio social, librando a sus hermanos de horrendo cautiverio, el ir a cobrar por las

armas un tributo entre morazos bárbaros, y cómo supo componer con su bravura y diplomacia un ejército de hermanos, levantar del polvo a los caídos en desgracia y hacer con ellos un ramo fragante que de norte a sur y de oriente a occidente volaba más que corría, libre, suelto, honrado y glorioso, por las tierras de la media luna.

¡Cuántos hay que se quejan de que su suerte adversa sólo les depara oficios bajos que no les permiten demostrar sus escondidas aptitudes! ¡Cuántos lloran que su contraria estrella les impide romper con la vulgaridad y asomarse a los balcones de la fama! No hagas caso a los tales, que los más mienten y se lamentan de lo que sólo es en ellos pereza y encogimiento; ahora te digo que el buen paño en el arca se vende, y que el que ha nacido para ochavo no llega nunca a cuarto; mira sino el ejemplo de Guzmán y convencerte has de que el que algo tiene dentro, rompe y luce por sobre todos y cambia el plomo en oro y la vulgaridad del número de los que viven en honra propia, de su casa y de su estirpe, como verás que sucedió en seguida a este caballero.

Restituido a la capital africana, una vez ultimada la comisión que se le confiara, poseyendo el afecto absoluto de Aben Jucef, estimado mucho del favorito, Aben-Comat, quien más que amigo suyo era verdadero hermano, y admirado y respetado de todos los del reino, así naturales como naturalizados, fue Guzmán la primera figura de aquel cuadro político-social. No hubo asunto trascendental en que no interviniera nuestro leonés, imponiendo su voluntad simplemente por el peso de la razón, pero jamás con violencia, y, sobre todo, con una modestia verdaderamente evangélica.

Su vida en aquel pequeño reino, bien administrado, pacífico, rico, ilustrado, sensual y amable, no carecía de ningún atractivo. ¡Qué diferencia! De aquel ambiente calmoso y dulce con el ajetreo guerrero de los reinos cristianos, inquietados constantemente por la amenaza de usurpaciones y rivalidades regias, por las luchas de los nobles, que se disputaban el poder como lobos, ensangrentando pueblos y arrasando comarcas, y en fin, por los motines y levantamientos del populacho, ora instigado por los señores descontentadizos, ya por el celo de sus credos religiosos que les impelía a degollar mudéjares o a incendiar juderías, llenando de sangre y dolor todos los caminos y todas las ciudades.

No era de extrañar, pues, que nuestro buen caballero dejase transcurrir los días y los meses en esa dulce calma, sin acordarse para nada de la inquieta e intrigante Corte de Sevilla, cuando un día se vio sorprendido por la llegada de un correo del rey de Castilla. Alfonso X, que en carta urgente solicitaba la influencia de Alonso Pérez de Guzmán para que el soberano de África le ayudase en la lucha que el rey Sabio sostenía contra su rebelde hijo Sancho.

Pudo más en el noble leonés su bien probada fidelidad que su conveniencia y decidió abandonar aquella vida regalada y tranquila y ponerse a las órdenes del rey cristiano; pidió y obtuvo, al efecto, del rey moro la ayuda que don Alfonso deseaba, y al cabo de algunos días hizo su entrada en Sevilla acompañado de un brillante séquito de nobles y deudos y entregó a Alfonso X, en nombre del monarca de Fez, sesenta mil doblas de oro en concepto de primer socorro hasta tanto que ambos reyes personalmente convinieran en la alianza que de buen grado le ofrecía.

Además de ser recibido Guzmán con el honor y el agasajo que tal servicio merecía, dióle el rey multiplicadas y expresivas demostraciones de afecto y agradecimiento, siendo la mayor de todas haber concertado su boda con una dama de la nobleza sevillana.

Era esta señora, que se llamaba María, hija de don Alonso Hernández Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Íñiguez de Aguilar. Una vez obtenido el permiso de Aben Jucef, sin cuyo requisito no quiso Guzmán formalizar el proyecto, verificáronse las bodas, asistiendo el más lucido acompañamiento y reuniendo los esposos un cuantioso patrimonio compuesto de varias villas y pueblos importantes, heredades, aceñas, casas, etc., al que unieron la villa y castillo de Alcalá Sidonia o de los Gazules, regalo de bodas de Alfonso X, y multitud de caudales, joyas, etc.

Terminadas las bodas volvióse Alonso Pérez al África, de donde regresó acompañado de Aben Jucef, que traía el socorro ofrecido, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron en favor de Alfonso X. Sin más que talar los campos de Andalucía, se retiraron a su país los berberiscos.



Guzmán el Bueno. Tarifa

El rey Sabio fallecía poco después, en el año 1284. De regreso Guzmán en África, pagó con creces al rey de Fez cuantas pruebas de cariñosa amistad y protección le diera, pues en bien poco tiempo conquistó para él los estados que en Marruecos tenía el famoso Budeluz, al propio tiempo que obligó al reconocimiento de vasallaje a los benimerines del intrépido aventurero Segelmesa, que al frente de varias tribus llegó a conquistar un poderoso reino a lo largo del Sahara.

Estos hechos de armas, que aumentaron considerablemente los límites y la grandeza del reino, hicieron crecer de modo extraordinario la real confianza en el ilustre leonés, empezando por otra parte, a tomar formas sensibles el rencor que los caballeros musulmanes de la Corte le tenían.

Aquellos nobles formaron a modo de una bandería o facción, capitaneada por el primogénito de Aben Jucef, para intentar arrebatarle el puesto que ocupaba. No se le ocultaron a Guzmán estos enredos de la Corte, de manera que temiendo alguna represalia de los conjurados, especialmente que pudiera dirigirse contra la vida de su mujer y sus hijos, pretextó que el carácter de María Coronel imposibilitaba la vida de matrimonio, llegando al extremo de hacer indispensable la separación, que viniera a evitar disgustos mayores y de más peligrosas consecuencias.

Así, determinó embarcar a los suyos en un buque que los condujo a Sevilla. Algún tiempo permaneció Guzmán en esta situación, consolado únicamente por las noticias de Sevilla, que con frecuencia recibía, cuando sobrevino la muerte del anciano Aben Jucef.

Inmediatamente fue proclamado rey su hijo primogénito, Aben Jacob, que se propuso eliminar a Guzmán, a pesar de que este seguía, como siempre, cumpliendo fielmente su deber, y con esta intención le envió de nuevo a luchar contra las tribus rehalíes, sublevadas de nuevo por lo exorbitante de los impuestos, no sin antes comunicarles secretamente que les sería perdonado todo si, cayendo de improviso contra las fuerzas del cristiano, conseguían matarle.

No se urdió la trama con tanto sigilo que se le ocultara a Guzmán, que desesperado ya de poder vivir tranquilo en aquel país, decidió volverse a España aprovechando la ocasión que con tan distintos fines le preparaban sus enemigos.

Detenido el mensajero designado por Aben Jacob para entenderse con los rehalíes, éstos no dieron tiempo a que les atacara el cristiano, enviando las sumas exigidas, que distribuyó Guzmán entre sus soldados, proponiéndoles al mismo tiempo el proyecto de regreso a la patria.

Puestos ya de acuerdo, se aproximaron a Tanger, donde supieron la llegada de unas galeras castellanas, que fueron las que les transpor-

taron a Sevilla. Ya en seguro, Guzmán, al cabo de algunos días de descanso entre los suyos, partió a la Corte con ánimo de ofrecer sus servicios a Sancho IV, quien le recibió con todo cariño. Entonces fue cuando le adjudicó el rey la alcaldía de Tarifa, recién conquistada. Trasládose, pues, el buen leonés a ella con toda su familia, excepción hecha de su hijo mayor, Alfonso, que se fue con el infante don Juan a Portugal, que a la sazón salía desterrado de Castilla por uno de tantos alborotos como levantaba a cada hora.

Reparadas las defensas de la plaza de Tarifa, reunidos cuantos medios materiales y de gente eran necesarios, esperó guzmán, tranquilo, los acontecimientos militares que con la llegada de la primavera habían de sobrevenir.

Pronto el infante don Juan con un ejército de benimerines compuesto de cinco mil caballos, unos cientos de peones y la morisma que se le juntó en Algeciras, puso sitio a Tarifa, no escaseando el número ni la calidad de toda clase de máquinas e ingenios de guerra.

Los sitiadores trataron de sobornar a Guzmán con halagüeñas promesas, pero él se resistió a todo. Seis meses duraba ya el sitio sin que los de la plaza demostrasen el más insignificante desmayo; antes, por el contrario, habían dado buena cuenta de los más audaces al intentar el asalto del primer recinto murado, cuando el infante don Juan recordó que tenía entre los suyos al heredero de Guzmán. Entonces, para rendir al alcaide, recurrió a una treta infame.

Sacó al pobre niño maniatado a la vista de los de Tarifa, anunciando a su padre el propósito de matarle si en breve término no se rendía a discreción. Alonso Pérez de Guzmán contestó: “Antes querré que me matéis ese hijo y otros cinco, si los tuviere, que no daros la villa del rey mi señor, de que hiciera homenaje.

Si no tenéis acero para consumir la iniquidad cobarde con que me amenazáis, ahí tenéis el mío.” Y les tiró a su campamento el puñal que llevaba en la cintura. Los musulimes despechados ante aquel heroísmo, degollaron al pequeño y lanzaron la cabeza por sobre las almenas de la muralla para que su padre la viese.



Fernando IV el Emplazado
Grabado

Ignorando lo que sucedía, sentábase a comer el alcaide, rodeado de sus capitanes, y como sintiera grandes gritos lanzados por los sitiados que presenciaban la escena, acudió a la muralla a tiempo de ver aquella atroz inhumanidad. Sobreponiéndose a su dolor terrible, tranquilo en apariencia, regresó a la plaza, y cuando doña María Coronel, su mujer, le preguntó que sucedía, respondió imperturbable: “Nada, creí que los enemigos asaltaban los reparos.”

El bravo leonés preparó de allí a poco una salida y atacó el campamento de los sitiadores con tanta valentía y haciendo un escarmiento tal, que obligó a huir a los musulmanes y libró definitivamente la amenazada fortaleza.

Tan memorable suceso acaeció en el año 1294. Sancho IV, enfermo en Alcalá de Henares, ya que personalmente no pudo ir al encuentro de Guzmán, le escribió una carta, en la que se leen estas palabras: “Mereces ser llamado “el Bueno”, y yo así vos lo llamo y vos así vos llamáredes de aquí adelante.” Desde entonces se le apellidó Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Accediendo Alonso a los deseos del rey, se trasladó a la corte, siendo en el camino objeto de constante homenaje, pues las gentes de los pueblos se agolpaban para mirarle de cerca. Salieron a recibirle en Alcalá los caballeros, los prelados y el pueblo; y Sancho IV, al tenderle los brazos, pronunció estas palabras, dirigiéndose a los cortesanos: “Aprended, caballeros, a sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado.”

Después de morir el rey, Guzmán cumplió su encargo de favorecer la minoría de edad de Fernando, su hijo, ayudando cuanto pudo a doña María de Molina. Él rindió la plaza de Gibraltar y libró muy gloriosas batallas con los moros de la sierra de Gaucín, en una de las cuales fue herido mortalmente.

De manera que ya sabes, lector, la historia de Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, tronco de una ilustre casa cuya descendencia toda aún hoy conserva el glorioso mote que le dio su hazaña. Y hora es que volvamos a buscar al infante don Juan, que le dejamos urdiendo una de sus innúmeras tropelías.

Cogido el nudo, te diré que el infante se alió con el rey de Granada a fin de que le favoreciera para arrebatar el cetro al pequeño Fernando, su sobrino, y sostenían este mal pensamiento los señores de Lara, otros profesionales de la rebeldía a quienes, creyéndolos pundonorosos, Sancho IV había confiado la custodia de su hijo.



Casa medieval en Molina de Aragón

Pero aun hay más: don Diego Lope de Haro aprovechó las revueltas, y con intento de recobrar su señorío, se metió desde Aragón en tierras de Vizcaya. Y como a perro flaco no le faltan pulgas, todavía el infante don Enrique, hermano de Alfonso X, que en tiempos de este rey ya había procurado muchos disgustos, también acudió a la carga, y ambicioso de obtener la tutoría del rey niño, halagaba a los pecheros con la promesa de rebajarles los tributos, con lo que promovía dificultades y

aumentaba así partidarios. Doña María de Molina, para evitar todas estas celadas, consiguió reunir Cortes en Valladolid, y en ellas se determinó al fin la legitimidad de la corona en manos de Fernando IV.

Entre turbulencias, desacatos y rebeldías pasaron los años, y cuando el rey llegó a los dieciséis, fue declarado mayor de edad, cediendo a las instancias del infante y de don Núñez de Lara que no pararon hasta enemistar al rey con su madre, pese a todo lo que por él había hecho doña María de Molina. Estos malos instigadores le llenaron la cabeza de humo y consiguieron que diese oídos a que la buena señora habiéndose aprovechado de la administración durante su minoría.

Llegó el rey a pedirla cuentas, pues le habían hecho creer que guardaba tesoros en oro y joyas, siendo así que al registrar las cámaras de la reina sólo pudieron hallar un mal vaso de plata de que se servía para su uso diario. Doña María aún lo rechazó desde entonces, y dicen que en su mesa se colocó desde aquel instante una escudilla de barro.

Cosa grande es que un hijo apriete a su madre hasta el extremo que tengo dicho y no puede pasar sin el castigo de Dios; verás cómo lo tuvo don Fernando. Iba el rey camino de Alcaudete para atender a los negocios de la guerra cuando acertó a pasar por la villa de Martos, que está en la provincia de Jaén. Refiérese que se enteró de que allí moraban dos caballeros, hermanos ambos, que se llamaban don Pedro y don Juan de Carvajal, inculpados de haber muerto una noche, a estocadas, a don Juan de Benavides, favorecido del rey, al salir del palacio real de Palencia, en ocasión de hallarse en esta ciudad la Corte.

El hecho fue que don Juan de Benavides había ofendido a los Carvajales, de quienes era enconado enemigo, y ellos habíanle retado a duelo. Celebrose éste, y quiso la suerte que los hermanos fueran vencidos, por lo que se retiraron a Martos llenos de vergüenza y de dolor.

Transcurrió algún tiempo y seguía en su privanza don Juan de Benavides; pero como su carácter era altanero y violento, pronto se vio rodeado de enemigos por todas partes. Y, en efecto, una noche que abandonaba la residencia real solo, como lo tenía por costumbre, pues por ser hombre membrudo y valiente, no admitía guardas, antes de llegar a su posada le salieron varios enmascarados al camino. Luchó con ellos,



Últimos momentos de Fernando IV el Emplazado

pero esta vez no le acompañó la fortuna, y en la oscuridad de las calles fue perseguido y muerto a cuchilladas. Corrióse la voz de que los autores de aquel vil atentado fueron los Carvajales, y el rey, indignado y lleno de cólera, mandó prenderlos en su misma casa, aprovechando su paso por la villa de Martos.

No quiso oír el rey las protestas de ambos hermanos, que juraban no ser ellos los asesinos ni haber intervenido en el suceso; antes al contrario, acelerando el proceso, él mismo vino a dar la sentencia, que era la de despeñarlos desde gran altura por el tajo que está formado al pie de la villa.

En vano fueron los testimonios de los acusados ni los consejos de los jueces, pues el monarca, obcecado y rencoroso, apremió el castigo. Y fue tan grande su enojo y su porfía, que hubo de cumplirse el terrible mandato. El mismo rey fue a presenciar en persona el suplicio.

Habían acercado los verdugos a las dos víctimas al borde del precipicio cuando el mayor de los dos hermanos detuvo con un gesto a los ejecutores y en presencia del pueblo todo, que amedrentado aguardaba en silencio, pronunció, dirigiéndose al monarca que contemplaba la escena desde un próximo balcón: “Injusto rey. Aquí, a la faz de Dios y al borde de la tumba, te repetimos que el crimen no ha manchado nuestras frentes. Nunca hemos derramado traidoramente la sangre de nuestros enemigos.

Benavides fue la víctima de una venganza cobarde: pero no perpetrada por nosotros, que tenemos honor. Nos has condenado a muerte, y no la tememos; te la perdonaríamos si no hubieses mancillado nuestra honra. ¡Eso no te lo perdonamos! ¡Tiembra, Fernando! Porque apelamos de tu fallo ante la justicia eterna y te emplazamos ante el trono de Dios dentro de treinta días. El Señor nos juzgará a todos, y si al condenarnos inocentes te conviertes en criminal, que seas despeñado por la espada de fuego de los ángeles, como vamos a serlo nosotros por las manos de tus verdugos.”

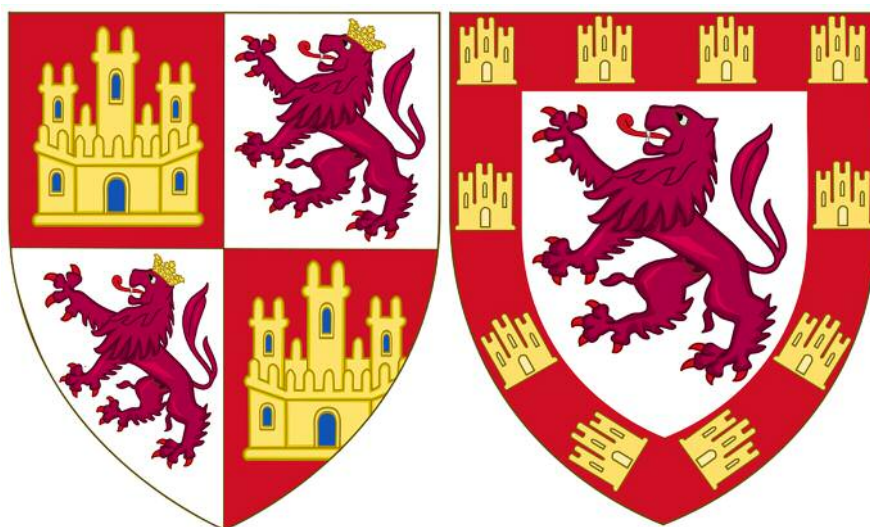
El rey escuchó impassible la arenga y dio la orden de que se cumpliera su mandato. Los dos hermanos fueron metidos en un arca de hierro y, fuertemente cerrada, la arrojaron los verdugos por el altísimo despeñadero, muriendo aquellos dos varones de la más cruel manera que registra la historia.

Al día siguiente salió Fernando con su ejército a poner sitio a Alcaudete, sin dar muestras de que le hubiese afectado en lo más mínimo el terrible suceso; pero no pudo llegar al término del viaje: enfermó repentinamente y hubieron de trasladarle en seguida a Jaén.

Postrado en cama, víctima de misteriosa dolencia que no le dejaba reposar ni de día ni de noche, sacudido por terribles alucinaciones, presa de los más agudos dolores, se revolvía impotente y torturado; los médicos le aplicaron todos los remedios conocidos, pero no se consiguió alivio alguno. Y cuando se cumplieron exactamente los treinta días de plazo que los hermanos Carvajales le habían señalado, Fernando IV, entre horribles convulsiones y dando espantosos gritos, pereció, pidiendo clemencia al cielo, que desoyó sus quejas, porque era fatal que había de cumplirse la justicia divina.

Los que le rodeaban en el lecho de muerte oyeron que decía distintamente, mientras sus pupilas se fijaban en un punto del aire: “¡No contéis más los minutos que me quedan! ¡Se que espira el plazo y que me aguardáis en el eterno tribunal! ¡No me enseñéis más ese reloj, porque a la hora convenida estaré ante el Supremo Juez! ¡Hermanos Carvajales, perdón!” Y porque entregó su alma de este extraño modo se le conoce en la Historia con el nombre de Fernando IV el Emplazado”.

Fin



Escudos de la reina María de Molina